

CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), P. Sergio Schmidt (Mendoza), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

<i>La fe</i>	3	
<i>Hans Urs von Balthasar</i>	5	Testimonio y Credibilidad
<i>Lucio Florio</i>	13	La fe como camino trinitario
<i>Alberto Espezel</i>	27	Cristo, centro de la fe
<i>Avery Dulles</i>	33	La dimensión eclesial de la fe
<i>M. Cándida María Cymbalista</i>	49	Fe y oración cristiana
<i>Lucía Piossek Prebisch</i>	61	Marcel a través de su teatro
<i>Jean-Pierre Batut</i>	77	Sobre un libro de Albert Camus recientemente hallado
<i>Karl Lehmann y Hans Maier</i>	87	Testimonios

Cristo, centro de la fe

*por P. Alberto Espezel**

Se trata de mostrar que la fe cristiana, además de tener por objeto verdades reveladas que podemos llamar dogmas (en sentido lato o estricto), a través de ellos se dirige últimamente a una persona concreta: Jesús de Nazareth. Creer cristianamente es dar nuestra adhesión a una persona, a alguien, y ese alguien es Jesucristo. Esta adhesión compromete nuestra inteligencia y nuestro amor, nuestra persona entera. Pero lo que nos interesa subrayar y mostrar aquí es que nuestra fe se centra en Jesús. Dicho balthasarianamente: Jesús es "la" figura de la Revelación que nos es ofrecida y regalada por el Padre para nuestra respuesta de fe. Esta figura concentra y articula las diversas verdades propuestas por la Iglesia para ser creídas. Pero esta figura es una figura concreta y viviente (Jesucristo muerto y resucitado), que me es presentada en la Iglesia, comunidad y sujeto de fe. Creer es entonces más que asentir a verdades objetivas reveladas y propuestas autoritariamente por la Iglesia: creer es asentir a Jesús. Es descubrir su persona. Es descubrir que Jesucristo es mi contemporáneo y que en El me regala el Padre la comunión consigo. Es descubrir que el Padre me llama a vivir como hijo en el Hijo por obra del Espíritu Santo.

Es verdad que la figura de Jesucristo no agota el conjunto de verdades que creemos por la fe. Pero también es cierto que la figura de Cristo articula y estructura las verdades de fe desde este centro magnético que ordena los diversos contenidos de la fe cristiana.

La celebración litúrgica de los sacramentos, por un lado, y la palabra de Dios, palabra sacramental, proclamada litúrgicamente, enseñada y meditada, por el otro, son vías de acceso directo hacia Cristo. Vías de acceso que encuentro en la Iglesia, vías animadas por el Espíritu Santo, y que me ponen en inmediato contacto con Cristo.

*Sacerdote de la Diócesis de San Isidro. Profesor de Teología Dogmática en la Fac. de Teología de San Miguel, Seminario de San Isidro, Universidad de San Andrés. Director de Communio.

El Mediador

En un libro memorable¹, Guardini afirmaba: “desde el punto de vista cristiano, no hay relación inmediata del hombre con Dios... No es posible conocer a este Dios inmediatamente y adherir a El; por sí mismo el hombre no puede participar en El, no puede ganarlo ni poseerlo. Por el contrario, toda relación con El debe pasar por el Mediador. Todo lo que de cristiano viene a nosotros a partir de Dios, como también todo lo que de nosotros va a Dios, debe pasar por este último... la mediación es por el contrario la forma esencial de la relación del alma cristiana con Dios. No se puede renunciar a ella, sin destruir la esencia misma de esta relación... Mostrar “el camino” no es dar explicaciones sobre la naturaleza de la realidad en sí del hombre y del mundo, y sobre la situación de la existencia; no es exponer de manera general qué normas deberá seguir el creyente y qué ejercicios deberá practicar. También es esto, pero como consecuencia del elemento decisivo, a saber, que “el camino” en el sentido cristiano es la persona misma de Cristo. Este camino ha sido trazado por la Encarnación del Hijo de Dios. Ha sido mostrado a los hombres por su habitación llena de amor entre nosotros. El “camino” significa que, en Cristo, Dios ha venido a nosotros; y también que en El la naturaleza humana está orientada entera y puramente hacia Dios. “Seguir el camino” no puede significar otra cosa que penetrar en el Cristo viviente y “permanecer en El”, viviendo y actuando. El camino se ha hecho practicable cuando Jesús resucitó en el Espíritu Santo y fue transformado y transfigurado”.

Esta mediación insoslayable forma parte de la estructura de lo cristiano, de modo que no se trata de un medio para ser luego superado en una visión platónica de Dios que permita prescindir del Mediador, sino que es el medio permanente que el Padre dispuso en su amor gratuito para participarse y darse a conocer.

La economía de la Encarnación mide el misterio cristiano en forma tal que no hay modo de prescindir de ella. De esta manera Dios elige subrayar también la positividad de la creación. La humanidad de Cristo, eternizada en la Resurrección por obra del Espíritu Santo, nos muestra la permanencia definitiva del oficio mediador de Cristo, y por ende la permanencia

¹ R. Guardini, *L'Essence du christianisme*, Alsatia, Colmar, 1950, pp. 40 y ss.

definitiva de la economía de la Encarnación del Hijo. En Cristo encontramos al Padre (Jn. 14, 9: “Felipe, el que me ha visto a mí ha visto al Padre”), y en El nos abrimos al Padre. El Hijo es el lugar, el espacio de la filiación. En El somos hijos en el Hijo. El se recibe y se entrega en amor y obediencia al Padre. Nosotros estamos llamados en El, a vivir desde nuestra condición creatural y adoptiva este recibimiento y esta entrega al Padre.

Cristo es el único mediador entre Dios y los hombres (1 Tim. 2, 5). En El nos ha sido dicho y dado todo. “Porque en darnos, como nos dio, a su Hijo, que es una Palabra suya —que no tiene otra—, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra, y no tiene más que hablar”.²

San Juan de la Cruz nos describe con una sencillez admirable el carácter sintético y definitivo que tienen la vida, la palabra y la obra de Jesús. Allí nos fue dicho todo lo que el Padre tenía para decirnos. A la Iglesia, en el mismo Espíritu de Cristo, y de un modo mariano, le compete la tarea de recibir a su Señor, de apropiarse, meditar y vivir según la Palabra escuchada, Palabra-Cristo que ha de medir toda su vida y que es su verdadero tesoro.

La figura que irradia todo el misterio

Decíamos antes que el centro de la revelación es Cristo, quien, como un centro magnético ordena los restantes contenidos de la fe cristiana. Veamos la forma en que la figura central remite directamente desde sí a todos los contenidos de la revelación.

En *primer lugar* es preciso contemplar la profundidad trinitaria de la figura de Jesús. Jesús es el Hijo encarnado, el Hijo del eterno Padre, cuya persona es *relatio subsistens* al Padre, en recibimiento y donación recíprocas. De ahí que pueda hablarse de la vida de Cristo como de una “existencia en recepción”. Todo en Cristo es *pro-existencia* al Padre y del Padre (y a los hermanos), como lo expresara luminosamente Schürmann.

No hay inteligibilidad posible del misterio de Jesús sin esta referencia constitutiva al Padre que lo genera y que lo envía en el Espíritu a su misión. Como tampoco podemos entender a Jesús sin el Espíritu (co-espirado) desde el Padre, que fecunda

² San Juan de la Cruz, *Subida al monte Carmelo*, libro 2, c. 22. n. 3.

a María, lo guía, lo acompaña, lo inspira como una brújula interior en su misión de obediencia al Padre.

Esta profundidad trinitaria es indispensable para entender a Jesús. El es “unum de Trinitate”, y este fundamento trinitario de su persona sostiene su existencia, su vida y su obra. Tanto su ministerio terreno, su anuncio del reino de su Padre, su sermón de la montaña, sus parábolas, sus curaciones, su “Abbá” filial al Padre, su perdón y su apertura y a toda forma de indigencia y pobreza, como finalmente su Cruz y su Resurrección sólo son comprensibles desde su misión y envío redentor desde la fuente paterna en el Espíritu Santo. El misterio salvífico y mediador de Jesús descansa en su ser, en su condición filial: nos abre el espacio de la filiación porque es “el” Hijo unigénito del Padre, y al mismo tiempo es el hombre inclusivo, que nos representa a todos como nuestro *hermano universal* (González de Cardedal).

En *segundo lugar*, es preciso contemplar a Jesús en el plan creador y salvífico del hombre. El es el nuevo Adán que restaura la condición del primer Adán. La creación (con la misteriosísima falta y falla posterior del pecado original) culmina en Cristo resucitado, quien a su vez preludia la escatología consumada (1 Co. 15, 20). Existe un solo designio salvífico y redentor de Dios en relación con el hombre. Dios conoce desde siempre el pecado del hombre que es preciso redimir y restaurar, y por eso la creación está sostenida interiormente por la Cruz-Resurrección del Hijo encarnado que había de venir a restaurar la obra dañada por el pecado del hombre. Este es el sentido de la “necesidad” de la Encarnación redentora del Hijo. Con esta palabra San Ireneo, San Atanasio, San Anselmo y otros, sin poner en duda la absoluta libertad de Dios en su designio de participación amante a la creatura libre humana, intentan expresar la coherencia de la historia de la salvación como vista desde Dios y desde su libre designio de participarse y dar su gracia a la creatura desde antes de la creación del mundo (Ef. 1, 4).

En *tercer lugar*, el misterio de la Iglesia, esposa y cuerpo de Cristo (Ef. 5, 23 y ss.) hace presente a Cristo muerto y resucitado en el curso de la historia de los hombres. La Iglesia, sacramento originario de la unión de Dios con los hombres (Lumen Gentium) y animada por el Espíritu de Cristo, se edifica en sus sacramentos que acompañan a los hombres en el lento transcurso de los siglos hacia el momento final de la segunda venida de Cristo para consumir la creación y la historia.

La Iglesia se edifica en los sacramentos, que la constituyen como cuerpo de su Señor, en forma eminente en la Eucaristía (1 Co. 10, 17). Comemos y bebemos el cuerpo y la sangre sacramentales del Señor para devenir su cuerpo eclesial. La Iglesia vive de su Señor, existe en función de su Señor para los hombres. Todo en ella dice referencia a su Señor, si quiere ser fiel a su propia identidad. Aquí radica su esencia misionera, que se articula en la misma misión del Señor. Esta es la tarea de la Iglesia: dar razón de la propia esperanza, anunciar el sentido de la existencia, mostrar que el Señor es ya aquí el Camino, la Verdad y la Vida (Jn. 14, 6). Indicar su presencia vivificante y celebrarla en sus sacramentos. En la inserción en su Cuerpo-comunidad por medio del Bautismo; en su consumación pneumático-misionera en la confirmación; en la celebración de su donación sacrificial-eucarística por medio del sacramento central que es el corazón de la Iglesia y la fuente de toda misión, en el sacramento del perdón y del consuelo, de la reconciliación para una comunio recuperada en la penitencia y la unción, y finalmente en la transmisión del orden ministerial para la misión, y la celebración del amor matrimonial a imagen del amor de Cristo para la Iglesia (Ef. 5, 25).

Finalmente, todo servicio al hermano es servicio al Señor. “Porque tuve hambre y me diste de comer; tuve sed y me diste de beber; era forastero y me acogísteis; enfermo y me visitásteis; en la cárcel y vinísteis a verme... En verdad os digo que cuanto hicísteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicísteis” (Mt 25, 35.40). Para el cristiano el otro es sacramento del Señor, de manera que lo que realiza en su favor es un servicio hecho al mismo Señor. La vida del cristiano en el mundo ha de tener —a imagen de su Señor— la forma de la *misión y del servicio*, en un mundo muchas veces opaco, impermeable, que se resiste y aún rechaza el testimonio del amor y de la gracia cristianos.

Concluamos estas pequeñas reflexiones. Si el cristianismo es creer en Cristo y vivir consecuentemente en El, transmitir la fe no es sino mostrar al otro quién es Cristo, llevarlo a El. Como Andrés con su hermano Simón Pedro: “Y lo llevó a Jesús” (Jn. 1, 42). La transmisión de la fe ha de culminar en el establecimiento de un contacto vivo del otro con Cristo, en un encuentro con El, que tenga el sabor de la experiencia, que también conoce, ciertamente, las noches de la fe. Toda verdad ha de ser fuente de

vida, y la misma verdad de Cristo ha de culminar en vida vivida en El, por medio de su Espíritu. El Espíritu, en efecto, es el maestro interior que mueve tanto a quien transmite y da testimonio, como a quien recibe el testimonio y es a su modo llevado hacia el Señor. De allí también la importancia del tacto, de la delicadeza, de la paciencia, del respeto de los tiempos y del crecimiento del otro que es guiado hacia el Señor. El misterio del encuentro del otro con Cristo, de la luz de la fe que mueve el corazón, es algo intangible que pertenece al santuario del corazón del hombre, donde sopla el Espíritu en el ámbito de la conciencia. Por ello, el testigo ha de saber hacerse a un lado, desaparecer eventualmente en el momento oportuno; no interponerse, servir y anunciar para luego callar y pasar inadvertido, a imagen del Precursor, ya que “es preciso que El crezca y que yo disminuya” (Jn. 3, 30).